

El misterio de Montejurra

Jeremy MACCLANCY

Universidad de Oxford

Por definición no se puede explicar un misterio. Un misterio es lo inexplicable; es algo siempre relativo a nuestros métodos de explicación. Así, antes, hubo misterios, que ya no lo son. Han sido “explicados” a nuestra satisfacción por investigadores y académicos, sobre todo científicos. Por ejemplo los físicos del siglo pasado no podían explicar el comportamiento de las partículas sub-atómicas. Gracias a Einstein y sus colegas, ya entendemos por qué las partículas actúan así.

Pero hay algunas cosas que se resisten a la explicación. No podemos y no podremos nunca explicarlas *dentro* de su propio mundillo. Para los Católicos creyentes, la Trinidad es un misterio. No pueden pretender entenderlo; tienen sencillamente que aceptarlo. Es algo dado con la fe.

Dada esta situación aparentemente cerrada, lo que podemos intentar explicar es la manera ritual de presentar y fabricar un misterio para que los participantes lo acepten completamente. Y en esta ponencia yo quiero hablar de un misterio carlista y la manera de la elite carlista de mantenerlo y reforzarlo en un rito central.

Llevo bastantes (tal vez demasiados) años haciendo trabajo de campo en un pueblo de 500 almas al sur de Pamplona. Uli Alto, como lo llamo, esta situado en la zona media de Navarra, la zona carlista por autonomasia. Cuando pregunto a viejos boinas rojas por qué son carlistas, me contestan, “¡Porque sí! y basta”. Si insisto y digo, “Pero ¿por qué no puedes hacerte algo distinto? (por ejemplo, liberal)” parecen un poquitín molestos, gesticulan un poco, y dicen con énfasis, “Porque soy carlista, ¡hasta la muerte! ¡Porque sí! ¡Porque sí!”.

En otras palabras hemos llegado a lo inexplicable, a una creencia fundamental dentro del mundillo carlista. Para los mayores, ellos nacieron carlistas, y van a morir así, a lo mejor, con la boina roja puesta en el ataúd. Los viejos requetés no se

preguntan por qué piensan así. Sencillamente, viven así. Su identidad carlista es algo indiscutible, algo que les hace distintos de los otros.

El rito central del carlismo, donde este misterio desempeña un papel importante era y es la romería anual de Montejurra. Este rito se creó en 1939 para conmemorar a los requetés muertos. La gente se reunió al pie del pequeño monte de Montejurra, un kilómetro al sur de Estella en Navarra. Requetés y madres de requetés muertos llevaron cruces de madera, cada una dedicada a la memoria de algunos tercios. Toda la gente subió al monte, dejando las cruces en agujeros en el costado del camino hacia la cumbre. Los sacerdotes rezaron las estaciones enfrente de cada cruz y los peregrinos rezaron Ave Marías entre las estaciones. En la cumbre los sacerdotes acompañados por dos coros, celebraron una Misa. Después del servicio, algunos carlistas importantes se dirigieron a la concurrencia, glorificando la causa carlista y su aporte a la Guerra Civil. Luego los peregrinos bajaron, comieron en el campo y pasaron la tarde tomando potes en el Casco Viejo de Estella, antes de volver a casa.

Esta forma de la ceremonia, aparentemente tan sencilla, se ha mantenido hasta hoy. Su tamaño, su significación política, y estructura básica -subir al monte, la misa en la cumbre, los discursos políticos, y la comida final- no han cambiado. Montejurra sigue siendo Montejurra.

Lo que quiero hacer en esta ponencia es estudiar la significación de la ceremonia. En lugar de analizarla de una manera estructuralista - donde siempre hay el peligro de imponer significados donde no los hay para los participantes - quiero analizar el discurso escrito de la élite carlista sobre este rito. Me gusta pensar que, de esta manera, puedo evitar el pecado de inventar una significación simbólica que no es reconocida ni sentida por los participantes. Al menos, puedo intentar evitarlo.

El discurso empleado por un periodista carlista en *El Pensamiento Navarro* proporcionó un cuadro interpretativo dentro del cual los lectores pudieron entender Montejurra. Estos artículos fueron escritos como guías, como maneras de enriquecer la experiencia carlista de la ceremonia. Mucha de su interpretación simbólica, además, no fue creada de nuevo, o de la nada, sino que re-escribió metáforas carlistas ya existentes.

Todos los años, el día de la ceremonia o los días anteriores a ella, el redactor del *Pensamiento* escribía una serie de artículos sobre el pasado carlista de Montejurra, el monasterio a su pie, Estella, y pueblos colindantes. Estos artículos “espeararon” el entendimiento de los peregrinos de su actuación en el rito y dirigieron su mirada. Desde la cumbre del monte pudieron aprender a leer el paisaje en términos carlistas, recordando pueblos distintos por sus connotaciones históricas: éste fue el lugar del nacimiento de un comandante carlista; aquel otro, el sitio de una batalla gloriosa; un tercero, donde un general famoso cayó herido, etc., etc. Un escritor, pretendiendo estar cansado de catalogar las memorias carlistas que pueden ser evocadas por la vista desde la cumbre, confiesa, ¿Para que enumerar más, si cada rincón de esta tierra es el lugar del holocausto de un Mártir de la Tradición?. Osea,

la historia carlista es tan rica sobre el suelo navarro que se pueden interpretar sus signos por todas partes; y desde el mirador de un monte pequeño las posibilidades son limitadas solamente por el límite geográfico del horizonte.

El monte físico en sí mismo, puede ser utilizado también para este fin interpretativo, porque “no es una montaña cualquiera, sino algo que no tiene par”. Es tan duro, tan firme como los ideales carlistas. Para los periodistas, “el monte austero” les recuerda a los carlistas el “mensaje de la Tradición”: su solidez y dimensión enorme pueden revitalizar y renovar la fe. Cuando las nubes cubren el monte, los carlistas de la zona suelen decir que Montejurra se ha puesto la boina. Dentro de esta serie funambulesca de metáforas, Montejurra representa el Carlismo petrificado, sus ideales tan resistentes, tan perdurables como la piedra.

Las connotaciones religiosas del monte, con sus acepciones de permanencia, solidez, y naturaleza perpetua, llevan consigo ecos bíblicos de revelación divina. La cumbre es un sitio donde el cielo se encuentra con la tierra. Es un sitio de encuentro entre la profanidad mundana y una espiritualidad más alta. En este sentido, Montejurra pudo llegar a ser un punto de referencia clave para los carlistas, orientando su concepción del mundo. Subir al monte era una manera para ellos de realizar los ideales tan altos del movimiento que encarnaban.

Cada cruz en el camino del Vía Crucis fue inscrita con los nombres de algunos tercios. Y los agujeros donde estaban colocadas fueron elegidos intencionadamente en los sitios más llamativos en el camino a la cumbre. La intención manifiesta fue la de impresionar a los peregrinos y hacerles “rezar como rezan los Católicos”. El simbolismo de la guerra era subrayado por algunos escritores que notaban la conjunción de la cruz y la bandera nacional en la procesión. Las madres de luto que llevaban cruces dedicadas a los tercios de sus hijos, estaban haciendo también un sacrificio, de la misma manera que sus hijos habían sacrificado sus vidas. Para un escritor la bandera nacional, junto con la cruz, le asemejaban la procesión a una columna de la guerra. En otras palabras: actuando como soldados entrando en una batalla, los peregrinos fueron re-interpretando metafóricamente la guerra en sí misma.

En las páginas del Pensamiento la ceremonia fue caracterizada como de luto para los muertos de la guerra y, a la vez, de felicidad, porque los participantes manifestaron “la vitalidad de espíritu de una raza de idealistas”. Los artículos hicieron hincapié en la naturaleza religiosa de Montejurra, en el sacrificio hecho por los participantes, en la emoción que manifestaron, y en el espíritu que expresaron. Subir el monte fue un sacrificio: el camino fue difícil, lleno de barro, y penoso. El sacrificio físico era necesario para prepararse espiritualmente y emocionalmente para la misa en la cumbre. Subir Montejurra fue una especie de mortificación que se ofrecía a la memoria de los caídos.

También, la actuación de Montejurra generó “espíritu”, el mismo “espíritu” manifestado por los que se echaron al monte en 1936. Montejurra fue una manera de mantener “la elevación espiritual” de los primeros meses del levantamiento. Todos subieron al monte “con el mismo espíritu y el mismo ideal inmortal”. Esta

idea de “espíritu” unió a los muertos y a los vivos participantes en la ceremonia. Fue una manera de juntar al pueblo carlista, vivos y muertos, presentes y físicamente ausentes.

También los periodistas carlistas hablaron de la sangre, como metáfora de los muertos y como tropo fisiológico para constancia ideológica. Para uno, la visión de miles de boinas rojas subiendo y bajando el monte fue “como una arteria de sangre fresca manteniendo la vida del monte quieto. Cambian los nombres y se suceden las generaciones y la sangre sigue cumpliendo el flujo y reflujo de los pies a la cumbre del monte, desde el corazón carlista de Navarra”. Los individuos pueden morir, pero el pueblo carlista sigue.

Montejurra fue representado como una unidad dentro de la variedad. Los peregrinos procedían de clases sociales y regiones distintas. La noche anterior en Estella fue de “fraternidad profunda”. Como dijo El Pensamiento, “todos son uno en la gran familia carlista”. Y algunos carlistas subieron Montejurra en *famille*. El Pensamiento hasta publicó fotos de un carlista viejo escalando el camino con su hijo y su nieto. En 1957 un pequeño de 7 años subió con su bisabuelo. Los discursos del día subrayaron esta continuidad genealógica. La gente aplaudió a un dirigente que dijo que hablar al pueblo carlista en Montejurra significaba para él la máxima distinción: “que yo recibo rodeado de mi mujer y de mis hijos testimonio máximo que puedo dejarles en herencia de fidelidad, como la de mis padres, a una Dinastía y a unas Ideas”. El orador siguiente habló de la tradición familiar, “ya es bastante que exista esta tradición pues, qué más se puede decir de una idea, sino que haya llegado a arraigarse de tal manera en la naturaleza paterna que incluso al transmitir el cuerpo a los hijos les transmitan los padres también la idea”. Siguió, “El acto de Montejurra es un acto de veteranos, y también de juventud, y hasta de los que están en expectativa de nacer para que están predeterminados a ser carlistas si son hijos de padres carlistas”. Estas palabras fueron recibidas con aplausos. Algunos levantaron sus bebés por encima de sus cabezas, gritando “¡Muy bien!” ¡Muy Bien!.

Sacrificio, emoción, espíritu, sangre, unidad dentro de la variedad, familia, continuidad genealógica: estos atributos y tareas reforzaron y elaboraron el discurso Carlista. Fueron una ampliación del discurso a la actuación del rito central del Carlismo. Como aspectos centrales común a todos carlistas buenos, su papel fue de reforzar un sentimiento de solidaridad. El rito a la vez presupuso y generó solidaridad. La gente se reunió en Montejurra para revitalizar su fe en el movimiento, para recordar las hazañas de los muertos, y más tarde en el día, para disfrutar del ambiente festivo de carlistas, en un contexto carlista. Los participantes se encontraron no como aldeanos ni profesionales, ni sacerdotes, sino como Carlistas - una identidad no limitada ni por el pueblo natal, ni por el tipo de trabajo, sino como homenaje al movimiento nacional del pueblo. La gente pudo dejar sus papeles cotidianos durante el día de la ceremonia, dejar a un lado gran parte de su estructura social normal, y afirmar una manera algo distinta de organizar el mundo.

El discurso empleado por periodistas, y las palabras de los oradores, intentaron promocionar la unidad. Las lecturas distintas posibles del mensaje carlista,

más tarde ejemplificado por la lucha ideológica entre tradicionalistas y progresistas carlistas, no fueron expresadas en los escenarios de Montejurra. En una plataforma tan pública, los oradores no criticaron a sus colegas ni discutieron diferencias internas de opinión carlista. Montejurra no fue para ellos un lugar de debate; no fue un sitio donde se podían cuestionar misterios; fue uno donde los promocionaban. No hubo espacio allí para discusiones largas sobre las actitudes distintas mantenidas por las diversas facciones. Más bien para la mayoría de los oradores, fue una oportunidad de exponer de modo muy claro los ideales del movimiento, como ellos lo entendieron.

La cumbre de Montejurra, cubierta con boinas rojas, la mañana de la ceremonia, dió sustancia literal a la idea de una comunidad carlista. La ceremonia dió existencia real al carlismo, objetivando lo que era normalmente invisible. Si los requetés no pudieron volver a tomar las armas, pudieron por lo menos reagruparse, desfilando ante su rey. Montejurra no fue sencillamente un espectáculo. No fue meramente una vista impresionante para ser contemplada desde lejos: fue una ceremonia participante donde “la masa” fue parte intrínseca de la actuación. El número de personas que asistió a la ceremonia y su reacción a los discursos (o sea la fuerza de sus aplausos) fue parte integral de los actos del día. Los carlistas se reunieron en la ceremonia para estar con sus compañeros, para conmemorar de una manera colectiva sus muertos, y para glorificar un movimiento del que formaban parte. En la cumbre, los carlistas estuvieron más cerca del Señor y a la vez acompañados espiritualmente por sus antecesores. Aquí, los vivos y los muertos se encontraron, bajo el cielo de Dios.

Como una celebración colectiva de su propia existencia, Montejurra se parece a la concepción de Durkheim de ritos como actos donde sociedades pueden adorarse a sí mismas. Según esta lógica, para los Carlistas, Montejurra fue un peregrinaje, no a un dios, sino a sí mismos. En estos términos el rito no fue el carlismo objetivado, sino deificado.